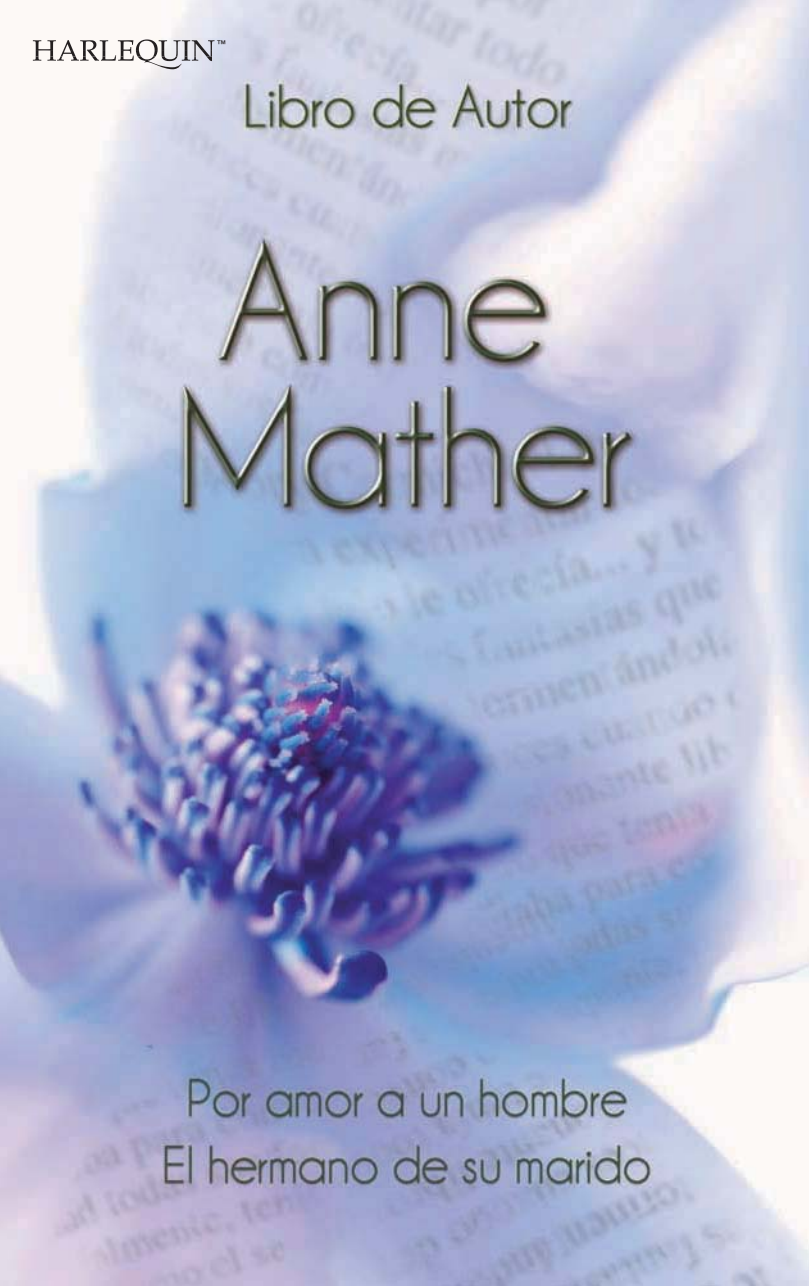
HARLEQUIN™

Libro de Autor

Anne Mather



Por amor a un hombre
El hermano de su marido

Anne Mather

Por amor a un hombre

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2001 Anne Mather. Todos los derechos reservados.
POR AMOR A UN HOMBRE, Nº 105 - agosto 2010
Título original: A Rich Man's Touch.
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

© 2002 Anne Mather. Todos los derechos reservados.
EL HERMANO DE SU MARIDO, Nº 105 - agosto 2010
Título original: The Spaniard's Seduction.
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2002 y 2003.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8939-1
Editor responsable: Luis Pugni
Imagen de cubierta: CZALEWSKY/DREAMSTIME.COM

Capítulo 1

ESE que está sentado junto a la ventana no es Gabriel Webb? ¡Guau! –dijo Stephanie con los ojos como platos–. ¿Qué estará haciendo aquí? ¿Visitando los barrios bajos?

–¿Te importa? –dijo Rachel sacando una bandeja de pastas del horno rezando para que su amiga creyera que su rubor provenía del calor–. ¡Venir a mi café no es visitar los barrios bajos!

–Bueno, ya sabes a lo que me refería –exclamó Stephanie atándose el delantal–. Nunca lo había visto aquí, ¿y tú? Vamos, admite que no suele venir a la Despensa de Rachel.

–No tengo ni idea de dónde se suele tomar el café –contestó Rachel fingiendo que no llevaba veinte minutos preguntándoselo–. Lo único que importa es que lo pague.

–Ya, claro, no importa que elija este local en particular. Ya sé que Kingsbridge no es muy grande, pero tiene un par de buenos hoteles y sé de buena tinta que, cuando viene un ejecutivo de Webb's Pharmaceuticals, suele hospedarse en el County –contestó–. ¿Qué ha dicho?

–No he hablado con él –contestó Rachel–. Patsy le tomó nota.

–¿Y qué ha pedido?

–¡Vamos, por Dios, Steph! –dijo Rachel mirando a su amiga con incredulidad–. Una taza de té, para que lo sepas. ¿Satisfecha?

–¿Té? –dijo Stephanie mirando al ocupante de la mesa de la ventana–. ¿No ha pedido café?

–Té –repitió Rachel en voz baja–. ¿Te importaría ponerte con la lasaña? A este paso, nos va a dar la hora de comer sin haber hecho nada.

–De acuerdo, de acuerdo –contestó Stephanie levantando las manos con sorna–. Ya voy –añadió poniéndose a recoger una pila de platos–. ¿Sabes qué? Me he encontrado con la señora Austen en High Street y me ha estado contando que Mark y Liz están fenomenal en Australia. No había manera de hacerla callar. Por eso he llegado tarde. Parece ser que tienen una casa preciosa cerca de Sidney y que Mark tiene una empresa de barcos, esquís acuáticos y esas cosas. Qué bien, ¿no?

–¿Qué? Oh, sí –contestó Rachel.

No se había enterado de nada. Estaba pendiente de Gabriel Webb aunque quisiera fingir lo contrario. Tenía la sospecha de que, quizás, había ido allí para hablar de Andrew.

No podía ser. Era ridículo. Hacía más de un año que no veía a Andrew. Lo único que sabía era que vivía en Londres y que su padre había vuelto a vivir hacía un año a la mansión que tenían en Kingsbridge, pero eso no tenía nada que ver con ella.

Andrew le había hecho daño en muchos aspectos y Rachel no quería nada ni con él ni con su familia. Su madre había muerto, pero, si Gabriel había ido a advertirle que no intentara ponerse en

contacto con su querido hijo, perdía el tiempo. Rachel no tenía ninguna intención de dejar que aquel hombre volviera a entrar en su vida.

–¿Cuánto tiempo lleva ahí?

Rachel sabía perfectamente que Steph se refería a Gabriel, pero, como no quería hablar del tema, decidió malinterpretarlo a propósito.

–Cinco años, me parece. Liz y él se fueron cuando Hannah tenía un año. ¿Te ha dicho la señora Austen si han tenido niños?

–Muy graciosa –contestó Stephanie–. Sabes que no me refería a Mark Austen. ¿Qué te pasa? ¿Te da miedo ese hombre o qué?

–¿Gabriel Webb? –dijo Rachel sonrojada–. Pues claro que no, pero no entiendo a qué viene tanto revuelo. ¡Es un cliente más, por Dios! El hecho de que yo saliera con su hijo hace un tiempo…

–Así dicho parece que fue una cosa de una noche –protestó su amiga poniendo queso sobre la pasta–. Andrew y tú estuvisteis meses saliendo. Todo el mundo creía que ibais en serio hasta que su padre se metió por medio y lo obligó a dejarte.

–No fue…

Rachel se mordió la lengua para no decir nada inconveniente. Había preferido que sus amigos creyeran que la culpa de su ruptura la había tenido Gabriel Webb a admitir que la decisión la había tomado el propio Andrew. Había sido mejor para ella y para Hannah. No quería mezclar a su hija en todo aquello. Estaba segura de que el padre de Andrew se habría sentido tan aliviado como su hijo.

–Prefiero no hablar de eso –dijo dándose cuenta de que Stephanie estaba esperando a que terminara

la frase–. Oh, Patsy –dijo volviéndose hacia la adolescente que acababa de limpiar las mesas–. ¿Te importaría colocar estos platos? Y pregúntale… al caballero de la ventana si quiere algo más.

–Muy bien.

Rachel cruzó los dedos para que aquello hiciera que Stephanie no siguiera preguntando. Sin poderlo evitar, miró hacia Gabriel Webb.

–¿Qué le debo?

Su voz era más atractiva y profunda que la de Andrew, más sensual. Aunque había salido con él varios meses, nunca le había presentado a su familia. La mayor parte de los habitantes de Kingsbridge sabía quién era Gabriel Webb, sobre todo porque salía continuamente en los periódicos, pero era la primera vez que Rachel lo veía cara a cara.

Se le secó la boca. Era más joven de lo que lo había imaginado. Debía de tener cuarenta y tantos. Tenía el pelo oscuro salpicado de canas y unas profundas ojeras. Rachel se preguntó si estaría enfermo y luego se arrepintió de preocuparse por él. El hecho de que tuviera mala cara y no llenara el traje no quería decir que fuera a aceptar su preocupación. No creía que fuera a ver con buenos ojos nada que procediera de ella… ni de su hija.

–Yo…

Stephanie debía de estar escuchando y le había dicho que su presencia le daba igual, que era un cliente más, así que debía seguir comportándose como si tuviera la situación bajo control.

–Eh… uno noventa y cinco, por favor –contestó.

–Bien –dijo él entregándole un billete de cinco dólares–. Gracias.

–¡Espere! –dijo Rachel. No quería su caridad–. El cambio –añadió Rachel tomando el dinero de la caja–. Ha olvidado el cambio.

–No lo he olvidado –contestó él yendo hacia la puerta.

Rachel lo siguió a pesar de que Stephanie la miraba sin poder creérselo.

–El servicio está incluido –le dijo tendiéndole el dinero–. Si quería dejar una propina, habérsela dado a Patsy.

Gabriel Webb tomó el dinero con resignación.

–¿Es necesario? –dijo en voz baja–. Sé que probablemente no le gusto, Rachel, pero creí que lo intentaría disimular delante de sus empleados.

Rachel se quedó de piedra. No solo porque la llamara por su nombre sino porque esperara que le cayera mal.

–No lo conozco, señor Webb –contestó en un hilo de voz.

–Precisamente por eso podría haberme concedido el beneficio de la duda –dijo él con los ojos oscuros brillantes–. Siento mucho que lo haya tomado como una ofensa. No ha sido mi intención, pero le pido disculpas.

Rachel dio un involuntario paso atrás. Había algo en él que la confundía. No sabía qué era, pero sintió pánico, como si su cuerpo sintiera una conexión que no quería sentir. Había aparecido de repente, sí, ¿pero era aquello suficiente para hacerla sentir incómoda? Decidió que era porque se parecía mucho a Andrew.

Pero era algo más. Ambos eran altos, morenos y de piel aceitunada, como sus antepasados medite-

rráneos, pero los rasgos agotados de aquel hombre no se podían comparar a la belleza de los de su hijo. Además, Gabriel Webb tenía rasgos más duros, su belleza era menos convencional… lo habría sido aunque no tuviera señales de… ¿enfermedad?… Aun así, era guapo.

–Me alegro de haberla conocido por fin –dijo el hombre. Rachel no lo creyó. Obviamente, no podía pensar bien de una mujer a la que su familia y él se habían negado a conocer.

Gabriel se subió el cuello del abrigo para salir al frío de abril y se fue. Sin pensar en lo que hacía, Rachel se acercó a la ventana y descorrió la cortina para verlo cruzar la calle. Había sido un encuentro desconcertante y lo último que le apetecía era tener que vérselas con Stephanie. Tenía muy claro que su amiga iba a querer saber de qué habían hablado y no acababa de entender por qué no quería contárselo.

–Es guapo, ¿eh? –dijo su amiga–. ¿Qué te ha dicho? Parecía que estabais teniendo una conversación muy interesante.

–No ha sido así –contestó Rachel sonrojándose–. ¿Te ha parecido que estaba bien?

–¿Lo dices en serio? –preguntó Steph mientras volvían a la barra–. Sí, me ha parecido que estaba bien, todo lo bien que puede estar un hombre con una cuenta millonaria.

Rachel suspiró.

–No me refería a eso. Es como si hubiera estado enfermo o algo. Estaba muy pálido y tenía unas ojeras terribles.

–Se me parte el corazón –se burló su amiga–.

Venga, Rachel, será porque no ha dormido bien. Los hombres como él suelen salir por ahí.

–Tú no tienes ni idea de lo que hacen los hombres como él –le espetó Rachel encantada de que entrara un grupo de clientes. Cruzó los dedos para que, a la hora de comer, Stephanie se hubiera olvidado de Gabriel Webb y del estúpido interés de Rachel por él.

La madre de Rachel llevó a Hannah al café cuando estaban cerrando. Solía esperar a que la niña llegara del colegio para ir a hacer los recados y terminaban en el café de su hija tomando un té y un trozo de tarta, si había sobrado algo.

Rachel se alegró de verlas. Aunque Steph no había vuelto a mencionar a Gabriel Webb en todo el día, habían estado tensas.

–Hola, cariño –le dijo a su hija dándole un abrazo.

–Hola, mamá –contestó la niña–. ¿Puedo tomarme una *coca-cola*, mamá? Por favor, por favor.

–No sé, no sé –contestó Rachel colocando la silla de ruedas de su hija junto a una mesa–. ¿Tú, mamá, quieres té como siempre?

–Estupendo –contestó la señora Redfern sentándose junto a su nieta–. ¿Pasa algo? –añadió con su acostumbrado sexto sentido.

–No –contestó Rachel apresuradamente–. ¿Por qué? –añadió yendo hacia la barra–. Un té y una *coca-cola* marchando.

–Ya me encargo yo –dijo Stephanie.

–¿No te importa?

–Claro que no –contestó su amiga–. Cualquier cosa por mi niña preferida. ¿Qué tal en el cole, preciosa?

–Me han dado una estrella de oro –contestó Hannah–. ¿Quieres verla?

–¿Me la enseñas? –dijo Steph mientras colocaba el té con dos tazas y el refresco en una bandeja–. Madre mía, eres la chica más lista de la clase. ¿Por qué te la han dado? ¿Por hablar en clase?

–No, tonta –contestó la niña riéndose. Rachel se sintió agradecida por que las diferencias con su amiga no interfirieran en el maravilloso trato que Steph siempre le dispensaba a su hija–. Estuvimos deletreando y yo escribí bien todas las palabras. ¡Veinte de veinte!

–¡Vaya, vaya! –exclamó Rachel fingiendo sorpresa–. Eso merece algo especial. ¿Te apetece un *banana split*?

–Sí, sí –contestó la niña.

Stephanie se fue tras servir el banana split a Hannah y un helado de vainilla a la señora Redfern. Rachel puso el cartel de *Cerrado*, bajó los estores y volvió a la mesa.

–Pareces cansada –dijo su madre–. Trabajas demasiado, Rachel. Deberías tomarte un día libre de vez en cuando.

–Tengo todos los domingos libres –contestó Rachel sonriendo–. Recuérdame que hable con Joe Collins antes del fin de semana. Hay un horno que no funciona bien. Espero que aguante hasta el domingo.

Su madre asintió.

–Te va a decir que te compres otro. No es la primera vez que falla.

–Si se puede arreglar, él lo arreglará –dijo Rachel muy segura. Miró a su hija–. Te gusta, ¿eh?

–Hmmm –contestó la niña con helado por toda la cara.

La señora Redfern aprovechó que la niña estaba concentrada en su merienda para hablar con su hija.

–¿Te has peleado con Stephanie? Cuando he entrado, he notado el ambiente un poco tenso.

–No me digas eso. Los clientes entran aquí a relajarse, no a que les dé la bienvenida una oleada de hostilidad.

–Así que os habéis peleado… Bueno, no te preocupes. No creo que nadie más que yo se haya dado cuenta. Te conozco demasiado bien. ¿Qué ha pasado? ¿Ha vuelto a llegar tarde?

–Sí, pero no ha sido por eso.

–¿Entonces?

–Ha sido porque Gabriel Webb ha estado aquí esta mañana.

–¿Gabriel Webb? –repitió la señora Redfern sorprendida–. ¿El padre de Andrew?

–¿Conoces a algún otro Gabriel Webb?

Su madre negó con la cabeza.

–¿Qué quería?

Rachel suspiró y miró a su madre.

–¿Qué suele querer la gente que va a un café? Un té. ¿Qué iba a ser?

–Nunca habría dicho que alguien como Gabriel Webb viniera aquí.

–Eres la segunda persona que me lo dice hoy.

–Stephanie –adivinó la señora Redfern–. ¿Ha sido por eso la pelea?

–No.

–Espero que le hayas dejado muy claro la opinión que te merecen su familia y él.

–¡Mamá! Esto es un café. ¿Dónde estaría si adoptara ese tipo de actitud con mis clientes?

–No con todos los clientes. Solo con los que no te gustan.

–No puedo hacerlo.

–Claro que puedes. ¿No hay una ley que dice que existe el derecho de admisión?

–Esto es un café, mamá, no una discoteca –contestó ella limpiándole a la niña la barbilla–. Además, no tengo motivos para decirle nada. Vino, Patsy lo atendió, se tomó su té, pagó y se fue. Fin de la historia.

–Entonces, ¿por qué has discutido con Stephanie? Seguro que a ella no le ha hecho gracia que viniera.

–¿De quién habláis? –preguntó Hannah de repente.

–No lo conoces –contestó Rachel mirando a su madre–. No me importa si a Stephanie le parece bien que venga o no.

–Lo sabía. Sabía que él tenía algo que ver. Rachel, llevas años sin ver a los Webb, pero, en cuanto te mezclas con ellos, aparecen los problemas.

–¡No digas tonterías! –exclamó Rachel sin saber por qué estaba defendiendo a Gabriel–. Para que lo sepas, me ha molestado que Stephanie hiciera un comentario sobre su aspecto –suspiró–. Parecía enfermo, mamá, y no creo que fuera por unas cuentas noches sin dormir.

Su madre la miró ofendida.

–No sabía que te preocupara.

–¿He dicho yo eso? –dijo Rachel empezándose a cansar–. Eres peor que Steph. Ese hombre tiene derecho a venir cuando quiera. ¿Quién soy yo para oponerme?

–Nunca creí que te oiría defender a un Webb –contestó su madre–. Había oído que se había instalado en Copleys, pero pensé que tendrías cabeza como para no mezclarte con ellos.

–No lo había visto antes de hoy –protestó Rachel–. De todas formas, los problemas no fueron con él sino con Andrew.

–Andrew se limitó a hacer lo que su padre le dijo –dijo su madre con impaciencia–. Me gustaría saber por qué decidió venir a Kingsbridge. Me habían dicho que había estado un tiempo en Italia. Allí se podría haber quedado.

Rachel no dijo nada. A juzgar por su palidez, más bien parecía que hubiera estado encerrado en su piso de Londres.

Aunque el laboratorio original estaba en Kingsbridge, tenían filiales por todo el continente y la oficina central estaba en Londres. Eso le había contado Andrew, que también le había dicho que su padre trabajaba mucho. Seguramente, esa sería la causa de su aspecto y no las juergas, como había sugerido Stephanie.

Fuera lo que fuere, se alegró mucho de cambiar de tema cuando Hannah anunció que había acabado el helado y rezó para que su madre diera el asunto por zanjado.

Capítulo 2

UN par de veces durante aquella semana, Rachel miró hacia la puerta cuando se abrió. Sobre todo, si era un hombre solo quien entraba. Aunque una vez creyó que era él, Gabriel Webb no volvió a aparecer y ella se dijo que así era mejor.

El domingo por la mañana, Joe Collins fue a revisar el horno. Joe, que tenía una empresa propia, estaba divorciado y todavía no había cumplido los cuarenta, había desperdiciado tiempo y energías intentando convencer a Rachel para que saliera con él. Aunque era bueno, guapo y agradable con su hija, Rachel no quería tener nada con nadie. Su experiencia con Andrew Webb la había marcado y, a pesar de que su madre insistía en que nunca encontraría a nadie mejor que Joe, ella seguía sin aceptar sus invitaciones.

Tal y como su madre le había dicho, Joe creía que iba a tener que cambiar el horno.

–El problema es conseguir los recambios para estas máquinas tan viejas –le dijo tras hacer una reparación provisional–. De momento, funciona, pero no sé cuánto te va a durar.

Rachel suspiró.

–Ahora mismo no puedo comprar otro –confesó mientras preparaba un café para los dos–. Cuestan mucho y voy a tener que esperar un poco hasta que haya pagado algo más del crédito, para pedirle al señor Lawrence un adelanto.

–Tal vez te pueda conseguir uno de segunda mano –se ofreció Joe apoyándose en la barra y sirviéndose dos cucharadas de azúcar–. Te habrás enterado de que cierran la panadería de Chadwick, ¿no? No te preocupes, te elegiré el mejor horno que tengan y te lo revisaré de arriba abajo antes de instalártelo.

Rachel sonrió.

–Te lo agradezco mucho, Joe, pero no puedo permitirme ni siquiera uno de segunda mano. Tal vez, dentro de seis meses o así…

Joe se sonrojó.

–No hace falta que me lo pagues de una vez, Rach. Puedes quedártelo un tiempo de prueba.

–No –contestó Rachel sabiendo a lo que se refería. No podía aceptarlo–. Además, quién sabe lo que nos vamos a encontrar cuando quites el horno viejo. Probablemente, habrá que volver a pintar. No, no puedo. Tendré que apañármelas tal y como está, pero te lo agradezco.

–¿De verdad? –dijo Joe no muy convencido–. Creí que éramos amigos, Rach. Los amigos se ayudan. Sin motivo, sin más.

–Lo sé –contestó Rachel incómoda. Joe no solía ponerse así y ella no quería herir sus sentimientos–. Bueno… me lo pensaré –añadió tomándose el café–. ¿Qué tal está tu madre? –preguntó intentando cambiar de tema.

–Bien –contestó él–. ¿Y la tuya? ¿Y Hannah?

–Están muy bien –contestó Rachel–. A Hannah le dieron una estrella de oro esta semana en el cole.

–Es una niña muy lista –sonrió Joe–. Larry habría estado muy orgulloso de ella.

–Sí.

No estaba tan segura. Larry no había querido tener hijos a pesar de que decía que sí en público. Rachel se había preguntado a veces cómo habría reaccionado ante la discapacidad de su hija de haber vivido.

–Supongo que te habrás enterado de que Gabe Webb ha vuelto a vivir en Copleys –apuntó Joe.

Rachel se preguntó qué era peor: hablar de su marido o del hombre en el que había estado pensando demasiado la última semana.

–Eh… sí, me lo han dicho –contestó desapareciendo en la cocina para fregar las tazas–. ¿Sabes por qué?

Joe la siguió.

–He oído que le han aconsejado que se tome las cosas de forma más tranquila durante un tiempo. Andrew no ha venido. Bueno, eso creo.

–¿Crees que me importa dónde esté Andrew Webb?

–No sé.

–Pues no –contestó sinceramente–. Después de cómo se comportó… –se interrumpió al darse cuenta de que había dicho demasiado–. Fue hace mucho. Ya es historia.

–¿Ah, sí? –sonrió Joe–. Cualquiera lo diría. No sales con nadie.

–No necesito a ningún hombre –contestó Ra-

chel–. Ni lo necesito ni lo quiero. Siento mucho si te parece arrogante, pero es lo que siento.

–¿Sigues enamorada de Larry?

–¡No! –exclamó con demasiada vehemencia. Dudaba de haber estado enamorada nunca de Larry Kershaw. Había creído estarlo cuando se casó con él, pero pronto descubrió que él solo se quería a sí mismo. Además, no le había perdonado haber ocasionado el accidente que había dejado a Hannah en una silla de ruedas–. Ya no creo en el amor.

Joe sacudió la cabeza.

–Rachel, sé que no has tenido buenas experiencias con Larry ni con Andrew, pero hay otros hombres, como yo, que no consideran que el mundo les deba nada. Te quiero y tú lo sabes. A ti y a Hannah. Haría lo que fuera por haceros felices.

–Lo sé –contestó Rachel sintiéndose fatal–. Pero no creo que hicieras bien en perder el tiempo conmigo.

–No creo que fuera una pérdida de tiempo.

–Sí, sí lo sería –contestó ella con firmeza–. ¿Cuánto te debo?

La semana siguiente hubo mucho trabajo. El tiempo mejoró y, al estar Kingsbridge muy cerca de Cheltenham y de Oxford, llegaron muchos turistas. Iban a ver las ruinas del priorato de Black Ford y la iglesia normanda de St. Agnes, y el café de Rachel se beneficiaba de ello.

Por suerte, Stephanie no volvió a hablar de Gabriel Webb. Rachel decidió que ya habían hablado

suficiente de él y que ya era hora de apartarlo de su mente.

Pero el miércoles por la mañana apareció. Llegó a las diez y media y se sentó a la misma mesa. No miró a Rachel, pero era obvio que sabía que estaba allí y ella se sintió incómoda.

Patsy había ido al banco a buscar cambio, así que solo quedaban Stephanie o ella para atenderlo. Se preguntó si no habría esperado justo ese momento para entrar. Eso querría decir que habría estado vigilando el café. Decidió que se estaba volviendo paranoica, agarró la libreta y cruzó la sala.

–¿Qué le sirvo?

Gabriel Webb la miró con ojos enigmáticos. Estaba tan abatido como la vez anterior y Rachel se preguntó cómo podía parecerle atractivo si ni siquiera se había molestado en afeitarse.

–Un té –contestó.

Rachel lo anotó para no tener que mirarlo.

–¿Algo más?

El hombre dudó y ella estuvo segura de que lo había hecho aposta.

–¿Qué me recomienda?

Rachel se mojó los labios.

–Eh… no sé. Bizcocho de crema, tarta, pastas…

Gabriel sonrió.

–No, gracias. Supongo que no querría sentarse conmigo.

–¿Yo? –preguntó Rachel atónita. Carraspeó–. Lo… siento. No puedo. Tengo que trabajar.

–Claro, no tendría que haberlo dicho, lo siento.

Ella también lo sentía, pero apartó aquel pensamiento de su mente. Sonrió y fue a preparar el té.

Notó que le temblaban las manos mientras ponía la leche y el azúcar en la bandeja.

–¿Qué te pasa? –preguntó Stephanie–. ¡Vaya, ha vuelto! –añadió con recelo.

Rachel no quería volver a discutir por el mismo tema.

–¿Te importaría llevárselo tú? –preguntó como si tal cosa.

Su amiga la miró con extrañeza.

–¿Yo? ¿Por qué? Está claro que viene a verte a ti. Me preguntó por qué…

–¡Steph! No empieces. Muy bien, ya se lo llevo yo.

Consiguió llegar a la mesa sin tropezar y sin tirar nada, pero, cuando se disponía a irse, él se lo impidió.

–¿Qué tal le va todo? ¿Qué tal está su hija? Se llama Hannah, ¿no?

Rachel se quedó con la boca abierta.

–¿Cómo sabe que tengo una hija? Bueno, supongo que se lo diría Andrew.

–Sí, pero yo ya lo sabía –contestó él–. Tengo gente que se encarga de informarme sobre las mujeres con las que sale mi hijo.

Rachel se sonrojó.

–¿Espías? –dijo furiosa–. Perdone, señor Webb, pero tengo trabajo…

–No ha contestado a mi pregunta.

–Y no pienso hacerlo –contestó–. No me insulte intentando convencerme de que su hijo o usted se interesan por mi vida. Hace un año, no fui de su agrado y dudo mucho que lo sea ahora.

–No recuerdo haberme pronunciado en ese sentido hace un año –contestó él–. No puedo hablar por

Andrew, pero mi pregunta ha sido sincera. Me enteré hace poco de por qué terminó su relación con mi hijo y… no puedo dar crédito a su comportamiento.

–¿Espera que me crea que usted no sabía lo que su hijo pensaba de Hannah? –dijo Rachel con tono burlón–. Pero si me acaba de confesar que lo tiene vigilado.

–Aunque no lo crea, nadie me informó de que la niña era paralítica –contestó–. Al fin y al cabo, su relación no duró mucho, como siempre con Andrew, claro.

Rachel levantó la cabeza.

–Hannah no es paralítica –le aclaró–. Es una niña normal y corriente que va en silla de ruedas… temporalmente.

–¿Es temporal?

–Creemos que sí –contestó Rachel cruzando los dedos a la espalda–. Su médico dice que no tiene ningún impedimento físico, pero… no quiere andar.

«Ni montarse en un coche con un hombre ni hablar del accidente», pensó Rachel.

Gabriel frunció el ceño.

–¿Quién le ha dado ese diagnóstico?

–¿Importa? Me tengo que ir…

–Por supuesto.

Rachel se fue dándose cuenta de que había hablado más de la cuenta y de que sentía que su conversación hubiera terminado.

–Bueno, bueno –comentó Stephanie–, parece que habéis encontrado algo en común. A ver si lo adivino: ¡Andrew!

–Te equivocas –dijo Rachel mirando a su amiga a la defensiva–. Me ha preguntado por Hannah.

–¿Por Hannah? ¿Cómo sabe que existe?

–¿Tú qué crees?

Rachel no quería admitir ante Stephanie que aquel hombre la había investigado. De hecho, cuanto más lo pensaba menos le gustaba, y se recriminó a sí misma haber dejado que la manipulara como lo había hecho. Sin darse cuenta destrozó el emparedado de huevo que tenía entre las manos.

–¿Dónde demonios se ha metido Patsy?

Stephanie le quitó la bandeja de emparedados de las manos.

–No te preocupes, no voy a decir nada. Cómo quieras llevar tus asuntos solo te concierne a ti.

–Lo siento, Steph. Me estoy comportando como una bruja, ¿verdad? ¡Es ese hombre! Saca lo peor que hay en mí. Si vuelve, te ocuparás tú de atenderlo. O Patsy, si es que vuelve algún día del banco.

–No se ha ido aún y, a juzgar por cómo te miraba, estoy segura de que volverá.

Rachel se las arregló para estar en la cocina cuando Gabriel se acercó a pagar. Aunque intentó convencerse de que le importaba muy poco lo que tuviera que decir, se descubrió a sí misma intentando escuchar lo que le decía a Patsy y sintió una punzada de curiosidad al oír reír a la chica.

Era ridículo, pero era así. De alguna forma, Gabriel Webb la había afectado. Para ser sincera consigo misma, debía admitir que retarlo le parecía una experiencia apetecible.

Esperaba que Gabriel volviera a la mañana siguiente, pero no fue así. Por la tarde, se puso a llo-

ver. A las cinco menos cuarto, su madre y su hija entraron en el café y Rachel las recibió encantada porque eso quería decir que su jornada laboral estaba a punto de terminar.

–Quiero un *banana split* –anunció la niña nada más entrar.

–¿Qué tal se ha portado? –preguntó Rachel a su madre.

–Me he portado bien, me he portado bien –dijo la niña.

–Se ha… esforzado mucho –contestó su abuela–. Ojalá no tuviera a esa fisioterapeuta –añadió sin que la niña lo oyera–. Es muy antipática. Estoy segura de que Hannah iría mejor con otra persona.

Rachel suspiró. No era la primera vez que su madre le decía aquello.

–¿Qué puedo hacer? El doctor Williams me la recomendó. Se supone que la señora Stone es una de las mejores.

–¿Quién te ha dicho eso? Es una mujer fría e insensible –protestó su madre.

–Mamá, estás exagerando…

–Mami, mami, ¿me das un *banana split*? Prometo comerme toda la cena.

–Muy bien –contestó Rachel.

–¿Sabes lo que he oído? Me han dicho que Gabriel Webb se ha venido a vivir aquí porque lo está tratando un neurólogo de Oxford.

Rachel se sobresaltó de su reacción ante aquella noticia. Los nervios se apoderaron de su estómago y sintió la urgencia de preguntarle a su madre dónde había oído aquello, pero consiguió controlarse. ¿Por eso estaban tan pálido? Dios mío, ¿qué le pasaría?

Terminó de preparar el *banana split* y se lo puso en la mesa a Hannah. Cuando se disponía a preparar un té para su madre y ella, se abrió la puerta.

Rachel sintió la corriente y oyó un grito ahogado de su madre.

–¿Molesto?

Era Gabriel Webb. Estaba mojado, con el abrigo de siempre abierto sobre unos vaqueros desgastados y un jersey de pico de color crema.

–Oh, señor Webb –dijo Rachel sintiéndose fuera de control. Su madre se estaba dando cuenta y estaba claro que no le estaba gustando–. Lo… lo siento, pero hemos cerrado.

–No me había dado cuenta –contestó él mirando el cartel de *Abierto* que todavía estaba en la puerta–. Como he visto que había gente…

Rachel sospechó que él sabía perfectamente quiénes eran aquellas clientas, pero no tuvo más remedio que presentarlos.

–Estas son mi madre y me hija, señor Webb –dijo. Luego, miró a su madre con esperanza–. Mamá, este es el señor Webb… el padre de Andrew.

La señora Redfern no se levantó.

–Sé perfectamente quién es el señor Webb, Rachel –dijo sin saludarlo–. Hannah, ten cuidado, estás tirando el helado por toda la mesa.

–¿Quién es el señor Webb? –preguntó la niña en voz baja a su abuela.

–¡Hannah! –protestó su madre, que se quedó de piedra al ver que Gabriel se acercaba a la mesa donde estaban sentadas.

–Hola, Hannah –la saludó agachándose junto a

la silla y mirándola con cariño–. Eso tiene muy buena pinta.

–Es *banana split* –contestó la niña.

–Sí, lo sé –contestó él sonriendo. Rachel se dio cuenta de que era la primera vez que lo veía tan relajado–. Cuando era pequeño, me encantaba. También los batidos de fresas. Creo que eran mis favoritos.

–¿A usted también le gustan los batidos de fresa? –preguntó Hannah con los ojos como platos–. Son mis preferidos, pero mamá dice que, si tomo *banana split* y batido, no ceno.

–Bueno, tu madre tiene razón…

–Cómete el helado, Hannah –intervino la señora Redfern–. Estoy segura de que tiene cosas mejores que hacer que hablar con una niña de seis años, señor Webb. Como le ha dicho Rachel, el café está cerrado aunque se me haya olvidado cerrar la puerta.

Gabriel se levantó.

–No pasa nada –contestó mirando a Rachel, que estaba avergonzada–. Tiene una hija encantadora, Rachel. La envidio.

Rachel abrió la boca, pero no dijo nada. Sabía lo que su madre estaba esperando que dijera, pero no podía.

–Gracias –murmuró–. Siento mucho… perdón por lo del cartel.

–Ya.

La miró un segundo más de lo estrictamente necesario y Rachel sintió que el mundo le daba vueltas. Gabriel se despidió de la niña, asintió con la cabeza de forma educada a la señora Redfern y se fue hacia la puerta.

Rachel dudó y fue tras él. Al fin y al cabo, tenía que cerrar la puerta, pero estaba claro que su madre no creía que fuera por eso. Ojalá no fuera tan transparente.

Seguía lloviendo y Gabriel se quedó de pie junto a la puerta.

–¿Tiene cómo ir a casa? –le preguntó.

Rachel asintió.

–¿Y usted?

Qué pregunta tan estúpida. Todo el mundo sabía que los Webb tenían una flota de coches con conductor y todo. Pensaría que era tonta por preguntar algo así.

–¿Qué haría si le dijera que no?

–No lo sé –contestó ella mojándose los labios–. Supongo que llamar a un taxi.

–Ah –sonrió él–. Supongo que no podría haber sugerido otra cosa.

Rachel se quitó un mechón rubio de la cara.

–¿Como qué?

–Bueno, es obvio que a su madre no le haría mucha gracia ir conmigo –contestó con amargura–. Quiero decir, si usted hubiera pensado en llevarme a casa, que lo dudo.

–Supongo que me está usted tomando el pelo, señor Webb. Siento haberle hecho perder el tiempo…

–No he perdido el tiempo –la contradijo–. Así he conocido a su encantadora hija.

–¿Por qué quería conocerla? –preguntó Rachel a sabiendas de que su madre se estaba poniendo cada vez más nerviosa.

–No he dicho que fuera mi objetivo principal

–contestó subiéndose el cuello del abrigo y mirando la lluvia con resignación–. Conocer a Hannah ha sido toda una sorpresa.

Rachel se quedó mirándolo. De perfil, tenía rasgos duros, pero bonitos, pómulos altos y labios finos y sensuales. Su aspecto la perturbaba y volvió a sentir aquella punzada de pánico. No quería sentir lo que sentía cuando lo tenía cerca.

–Creo que será mejor que se vaya, señor Webb –dijo asustada de sí misma.

–Llámeme Gabriel –contestó él mirándola–. O Gabe, si lo prefiere –añadió mirándole la boca–. Ahí está mi coche –concluyó cruzando la calle y metiéndose en un Mercedes plateado. Le dijo adiós con la mano, pero ella no se movió. No podía terminar de creerse que hubiera ido a verla a ella.

Capítulo 3

HAS vuelto a ver a ese hombre?

Era domingo por la noche y Rachel estaba bañando a su hija. Hannah adoraba estar en la bañera y, a veces, Rachel creía que la veía mover las piernas entre el agua jabonosa.

La señora Redfern estaba de pie en el baño y Rachel la miró de reojo. Las tres vivían en Maple Avenue, residencia de la familia desde hacía veinticinco años. Su padre había muerto hacía más de diez años y, tras la muerte de Larry, Rachel pensó que lo mejor sería volver a vivir con su madre. La casa era lo suficientemente grande y Rachel nunca se había arrepentido de su decisión.

Si su madre no hubiera cuidado de Hannah, ella no podría haber vuelto a la universidad ni haber montado su negocio. No habría disfrutado de la seguridad que tenía en esos momentos. Por eso, se sintió culpable al detectar resentimiento dentro de sí misma ante las palabras de su madre. No había vuelto a hablar de Gabriel desde el incidente del jueves, pero había estado esperando que ella hablara de él en algún momento.

–¿Qué hombre? –preguntó Hannah, siempre alerta ante cualquier posible cotilleo.

Rachel miró a su madre.

–No lo conoces –contestó a su hija. Volvió a mirar a su madre–. No lo he visto, ¿y tú?

–No hace falta que te enfades, Rachel. Era una pregunta de lo más normal, pero si prefieres enterrar la cabeza en la arena…

–¿Por qué vas a enterrar la cabeza en la arena, mamá? –preguntó la niña sorprendida–. ¿Se refiere la abuela a la arena de la playa?

–Algo parecido –contestó Rachel frotándole la espalda a la niña demasiado fuerte. Hannah se quejó–. Perdona, cariño, no estaba prestando atención.

–Más bien, estabas prestando demasiada –intervino su madre saliendo del baño con un portazo.

Lo que le faltaba, que su madre creyera que estaba interesaba en Gabriel Webb. ¡Ridículo! ¡Pero si era el padre de Andrew! Debía de tener, por lo menos, veinte años más que ella.

–¿Se ha enfadado la abuela?

–Contigo, no –sonrió–. Bueno, vamos a enjuagarte.

Era fácil distraer a Hannah, pero sabía que, tarde o temprano, iba a tener que vérselas con su madre. Tras acostar a la niña, sacó el libro de contabilidad para intentar evitar el choque, pero fue inútil.

–Stephanie me ha dicho que Gabriel Webb ha estado en el café varias veces en las últimas dos semanas –dijo la señora Redfern con la bandeja de café en las manos–. Eso, sin contar lo del otro día.

Rachel sintió una punzada de enfado contra su amiga, pero la superó rápidamente y se dijo que no debía culpar a nadie por la situación.

–¿Y? –dijo todo lo neutral que pudo–. Ya te dije que había pasado por allí.

–No tres veces –contestó su madre sentándose enfrente de ella–. ¿Qué quiere?

–¿Por qué iba a querer algo?

–¡Vamos, Rachel! No eres tan ingenua como quieres hacerme creer. Vi cómo te miraba el otro día. Me cuesta creer, lo admito, que un hombre como él… un hombre con tanto dinero, con semejante vida –corrigió rápidamente–, se interese en alguien que su hijo…

–No –la atajó Rachel–. Por favor, no lo digas. No hace falta que digas nada más –añadió Rachel dándose cuenta de que se estaba clavando las uñas en las palmas de las manos–. No es cierto, así que , ¿por qué torturarte? Gabriel Webb no está interesado en mí.

–Entonces, ¿por qué está todo el día en el café?

–No está todo el día en el café –exclamó impaciente–. Ha estado tres veces en varias semanas. Tengo clientes que vienen dos o tres veces al día.

–Según Steph,…

–Mira, me importa un bledo lo que diga Steph –interrumpió Rachel deseando que su amiga se metiera en sus cosas–. Mamá, ¿qué más va a sentir alguien como él por mí? Solo curiosidad.

–¿Curiosidad? –repitió su madre considerándolo seriamente. Sin embargo, volvió a su planteamiento original–. Eres una mujer guapa, Rachel. Si tuvieras más confianza en ti misma, verías que tengo razón.

–¡Venga, mamá! –exclamó Rachel, cansada de aquella conversación–. Soy demasiado alta y de-